

les ha hecho callar durante siglos. Tal vez por eso parece que escriben más para el hombre que para las mujeres. La mujer se confiesa con los hombres, escribe por, para y contra ellos.

Esto es cierto aunque en este libro la confidente no sea la autora, sino la protagonista, Francisca. Se trata de una mujer bella y sensitiva casada con un hombre pragmático, egoísta y brutal. Francisca se siente unida a su esposo por un flaqueante cariño, por el miedo y por motivos de seguridad económica. Acontecimientos dolorosos como el suicidio del hermano, los actos brutales del marido, el accidente de un hijo y sus propios desequilibrios nerviosos envuelven a Francisca en el caos. Oscilando entre el infierno y la luz, conoce en una fiesta social a Jaime Geliebter, hombre generoso, viril de talento que aparece poco físicamente en el relato, pero cuya personalidad está siempre presente. Apenas iniciada la amistad entre Francisca y Jaime —según parece no pasa de eso—, éste muere, pero deja en el alma de la mujer una huella imborrable.

Olivia Zúñiga ha seguido un estilo netamente impresionista para referir las emociones del personaje. En lugar de describir estados de ánimo los sugiere, relatando las circunstancias: atuendo y arreglo femenino, escenas callejeras —como la pintoresca visión de una calle después de un desfile patriótico—, fiestas de sociedad, un coche avanzando en la noche del campo. Buenas resultan las páginas dedicadas al suicidio del hermano, a la enfermedad de Francisca y a estados depresivos, tal como el viaje de la protagonista en un sucio e incómodo vagón para braceros, después de la grata cena en un pullman.

Un defecto destaca demasiado en la trama: hay un gran número de encuentros fortuitos entre los personajes centrales, en la calle, en vehículos, en lugares públicos. No se puede decir que este libro sea una novela. Aunque algunas páginas bajan en calidad es un relato bastante directo, muy torturado, que nos recuerda por su tono romántico-existencialista el libro de otra escritora: *Nada*, de Carmen Laforet. En instantes se ve la delicada mano que escribiera ese inolvidable *Retrato de una niña triste*, que tal vez era menos intenso, pero que tenía más poesía. El libro es de moderna presentación y lleva dibujos abstractos de Mathias Goeritz.

J. DE LA C.

ALVARO ARAUZ, *Tirso y Don Juan*. Colección Temas Teatrales. México, 1954. 58 pp.

Don Juan sigue conquistando a las mujeres y preocupando a los hombres. Alvaro Arauz se pone de parte del burlador de Sevilla y lo defiende de las teorías de Marañón, afirmando que psicológicamente y sexualmente es un hombre normal. Todo esto nos complacería mucho si las tesis estuvieran apoyadas en análisis concienzudos, pero en lugar de análisis, Arauz nos da fantasía, prosa colorida, llena de claveles y esplendores. No es que este reseñador esté en contra de las interpretaciones poéticas. Por el contrario, creo que es la interpretación poética la más profunda —ahí está Unamuno—; pero, con tener sus bellezas, este no es un libro poético. Le sobra retórica. Si, eso podría ser: un buen ensayo retórico sobre la figura de Don Juan. Arauz habla de los avatares que al pasar por varios autores —Molière, Mozart, Byron, Zorrilla y Shaw ha sufrido esta legendaria personalidad. Y se le olvidó uno de los más importantes, el Don Juan que el ya mencionado Unamuno *hermano Juan o El mundo es* presenta en su comedia *El teatro*. En ella Don Juan tiene un final quijotesco: el burlador muere sosegado y cuerdo. Cuando alguien dice: *¡Y qué bien le cae el sayal!*, Inés contesta: *¡Mejor le cae la agonía!* Y es verdad, sólo a los grandes no les queda holgada la agonía. Con tanto garbo la vistió Don Juan que tuvo un apasionado defensor —y ese es el mérito del libro que comentamos en Alvaro Arauz. Por intención no quedará.

J. DE LA C.

LEN HOWARD, *Los pájaros y su individualidad*. Breviarios, 102. Fondo de Cultura Económica. México, 1955. 252 pp.

Miss Howard ha dedicado su vida a los pájaros y comparte con ellos su casa de campo. Esto le ha permitido conocerlos, no como entes biológicos, sino como individuos. Cada pájaro tiene su propia biografía. Len Howard nos presenta la vida *personal*, particular, de *Cabeza pelada*, *Monóculo*, *Dobbs*, *Tinta*, etcétera, y nos relata sus idilios, sus luchas, la construcción de sus nidos y mil detalles íntimos que nos hacen pensar que en estas aladas criaturas hay algo más refinado que el instinto. Todas las consideraciones acerca del canto de los pájaros nos parecen más interesantes que el relato de la formación de un tenor o la técnica

del *do de pecho*. Especialmente conmovedor resulta el caso del mirlo que llegó a componer, sobre un sencillo trino, una frase musical parecida a un Rondó de Beethoven. Es un libro informativo, pero aquí sí cabe decir que el tema lo ha elevado a un plano lírico. La obra tiene ocho excelentes fotografías. Es de lamentarse que los editores no hayan incluido un número mayor. El breve prólogo es de Julián Huxley.

J. DE LA C.

SIMONE WEIL, *Carta a un religioso*. Traducción de M. E. Valentié. Sudamericana. Buenos Aires, 1954. 64 pp.

Simone Weil, en su personalidad de filósofa y cristiana, expone ante la Iglesia cierto número de problemas y dudas planteados en puntos como: la presencia de un sentimiento idólatra en la gran mayoría de los cristianos, evidente en la creencia del poder milagroso de imágenes y lugares santos; la casi certeza de que el contenido del cristianismo existía antes de Cristo en las religiones de los pueblos egipcio, caldeo, persa y griego; la semejanza de ciertos mitos egipcios y griegos con textos de las Escrituras; el paralelismo de Prometeo con Cristo, de Atenea y Hestia con el Espíritu Santo, del poema escandinavo *La runa de Odín* con ciertos aspectos de la Crucifixión, de la maternidad de la Virgen con la idea de Platón, expresada en el *Timeo*, referente a cierta esencia, madre de todas las cosas y siempre intacta, etc. Más adelante dice: *Cuando Cristo dijo: "Enseñad a todas las naciones y llevadles la noticia", ordenó llevar una noticia y no una teología. El mismo, habiendo venido, decía que "sólo para las ovejas de Israel" añadía esta nueva a la religión de Israel*. Critica S. Weil la inutilidad de las misiones católicas, que apoyándose en el poderío occidental tratan de convencer a quienes creen a su manera. Dice aún cosas más heterodoxas —aunque muy cristianas— como afirmar que aquél que se llama ateo, pero practica el bien y el amor al prójimo, *se salvará seguramente*. Además, agrega, el ateísmo puede ser, en el fondo, la creencia en un Dios impersonal. Finalmente plantea sus dudas acerca de la infalibilidad de la Iglesia y de su apego a los principios de Cristo. Se trata, pues, de un libro sumamente importante para los católicos que deseen razonar su fe, e incluso para quienes no siendo creyentes, estén animados del espíritu cristiano. Simone Weil con-

creta en este ensayo las ideas que desde hace bastante tiempo venían inquietando a los intelectuales católicos y que pueden resumirse en cambios religiosos fundamentales. La frase final del libro es bien significativa: *¿Cómo cambiaría nuestra vida si se viese que la geometría griega y la fe cristiana han surgido de la misma fuente!*

J. DE LA C.

FRANKFORT, H. y H. A., WILSON, J. A. y JACOBSEN, T., *El pensamiento prefilosófico. I. Egipto y Mesopotamia*. Breviarios, 97. Fondo de Cultura Económica. México, 1954, 286 pp.

Este breviario presenta tres monografías: 1º, *Una Introducción (Mito y Realidad)* de H. y H. A. Frankfort, 2º, un estudio sobre el pensamiento en Egipto, que consta, a su vez, de tres partes: *la naturaleza del Universo, la función del Estado* y los valores de la vida, de John A. Wilson; y 3º, un análisis de las ideas prefilosóficas en Mesopotamia que, como el estudio sobre el pensamiento en Egipto, se divide en 3 partes: *El cosmos concebido como un Estado, La función del Estado y La vida virtuosa*, de Thorkild Jacobsen.

Nada mejor para tener una ligera idea de qué trata la *Introducción*, que las palabras del propio autor: "La diferencia fundamental entre las actitudes del hombre moderno y las del antiguo con respecto al medio que lo rodea, es que, para el contemporáneo, que se apoya en la ciencia, el mundo de los fenómenos es, ante todo, un "ello", algo impersonal; en tanto que para el hombre antiguo y, en general, para el primitivo, es enteramente personal y se le trata de "tú".

Esta relación del hombre con su medio, no es siempre la misma en el caso de Egipto, donde la relación con dioses como Kuk, las tinieblas, o como Nun, el abismo, era una plática utilizando la forma del "usted", por el temor numinoso que el dios les inspiraba. Claro que, cuando se trataba de otros dioses más familiares o dioses de la luz, había un tutearse franco.

La cosmogonía mesopotámica está espléndidamente expuesta. El animismo, el hallar una evidente alteridad en las cosas, el descosificarlas —en un proceso contrario a la coagulación de la libertad del otro de que habla la filosofía existencial— nos pone ante los ojos, con gran viveza, el pensamiento prefilosófico del hombre primitivo.

E. G. R.